

MOLINIÉ, Antoinette (ed.). *Celebrando el Cuerpo de Dios*.
Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999,
284 pp.

La obra recoge una serie de artículos en los que se desarrollan diversos aspectos relacionados con la fiesta del Corpus Christi desde sus orígenes europeos hasta sus representaciones en el Nuevo Mundo. El texto reúne, así, artículos sobre el origen y el significado de esta festividad (Miri Rubin y Claude Macherel); sobre sus manifestaciones en España (Vicente Lleó Cañal, Pedro Romero de Solís y Beatriz Moncó), en México (Serge Gruzinski y Berta Ares Queija) y en los Andes (Tom Zuidema y Antoinette Molinié).

Sin embargo, este interesante intento de aproximación a la festividad del Cuerpo y la Sangre de Cristo desde una óptica interdisciplinaria presenta algunos inconvenientes. En su tentativa de abarcar el tema desde una perspectiva tan amplia, el libro termina conteniendo una serie de ensayos inconexos de desigual calidad. La falta de un lenguaje apropiado al acercarse al objeto de estudio confunde al lector dando una visión errada del fenómeno. El otorgarle a la Virgen María y a los santos el tratamiento de divinidad (p. 21 y ss.), si bien, como lo señala Molinié, se manifiesta en muchas ceremonias populares, es teóricamente incorrecto y no puede ser utilizado en todo contexto. El empleo de expresiones metafóricas como la que asimila la procesión del Corpus Christi a la reproducción del circuito de la hostia (p. 7), o la que afirma que "sigue los ritmos personales de la digestión para transmitir su naturaleza divina a la carne del hombre que la recibe" (p. 8), limitan la eucaristía a un simple acto físico, y dejan de lado la mentalidad del grupo estudiado en el libro, lo cual nunca puede ser descuidado. Este tipo de afirmaciones parecerían querer retomar la ya largamente superada enseñanza de los valentinianos que, en el siglo III, afirmaban que Jesús no sufría de problemas digestivos por su condición divina.

Cuando se alude a la "admiración ante la audacia de quienes inventaron esta ceremonia" (p. 7), o se afirma que fue inventada en el siglo XIII (p. 9), "imaginada entre 1220 y 1240" (p. 47), o que "la fiesta no celebra ningún episodio concreto de la vida de Jesús" (p. 11), o que "nace y extrae su última razón de ser de las distorsiones teológicas en la simbología del pan eucarístico entre los siglos IX y XIII" (p. 62), los autores respectivos parecieran no considerar el discurso eucarístico en el capítulo 6 del Evangelio según San Juan, y todas las descripciones, evangélicas o no, de la última cena, incluidas algunas gnósticas, como el evangelio de Felipe, que reconocen la eucaristía como uno de los misterios (sacramentos) de "la secta". A su vez, la reverencia a la eucaristía se encuentra en textos tan antiguos como la Didache (escrita entre los años 100 y 150), que la describe como "manjar y bebida espiritual", o la carta a la iglesia de Esmirna, escrita por San Ignacio de Antioquía (muerto en el 118), en la que es definida como "la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la misma que padeció por nuestros pecados...". Por otro lado, ya en el año 448 el calendario de Polemio señalaba que el 24 de marzo se celebraba la fiesta del *Natalis Calicis*, cuya absorción por el ceremonial propio de la Semana Santa es mencionada en la bula *Transiturus* del 8 de septiembre de 1264 como la principal razón para la creación de la fiesta del Corpus. Además, festividades similares se encuentran en iglesias como la siriaca, la armenia, la copta y la melquita.

No se debe olvidar tampoco el contexto histórico en el cual resurge la fiesta. Como lo recuerda Romero de Solís, la eucaristía es uno de los puntos centrales de las disputas ideológicas contra los albigenses, los valdenses y los cátaros, quienes negaban en ella la presencia real de Cristo, o reducían el acto a la santidad del sacerdote o a la simple repetición de unas palabras mágicas, reduciendo el misterio al nivel de discusiones universitarias. Contra esto la Iglesia va a ir estableciendo una serie de medidas, como la de dar solo la comunión en la lengua cuando el feligrés se encuentre de rodillas, la de elevar la hostia al momento de la consagración, al igual que la difusión de una serie de tradiciones, entre las que se encuentran el fa-

moso milagro de San Antonio y la burra (hacia la década del 1220), y el de los corporales de Daroca, en 1240, y que tendrían como punto culminante el milagro de Bolsena.

En 1263, ante un sacerdote de Bohemia, que luego de regresar de una peregrinación en Roma estaba celebrando la misa en Bolsena, y que de acuerdo a su testimonio dudó al momento de la elevación, la hostia comenzó a sangrar con tanta intensidad que el corporal quedó empapado. El Papa Urbano IV ordenó que este fuera llevado a Orvieto, donde se debía construir una catedral que conmemorara el hecho, e instituyó al año siguiente la fiesta del Corpus Christi.

Todo esto indica la importancia que tuvo dentro de la Iglesia la adoración de la eucaristía. Es por ello difícil aceptar que la festividad fuera imaginada entre 1220 y 1240 por una mujer; salvo que se busque hacer descansar toda la "audacia de la invención" en las visiones de una joven de Lieja retirada del mundo desde su niñez, las que no habrían tenido la acogida esperada fuera de su contexto histórico.

Sobre la repercusión de la fiesta en el mundo occidental no se debe dejar de lado la afirmación que nos proporciona Romero de Solís con respecto a que en Sevilla se realizó una fiesta en honor de la eucaristía durante el reinado de Alfonso X el Sabio (1252-1284) (p. 103), lo que indica tanto la rápida aceptación de la fiesta por parte de la feligresía, como el hecho de que no se tuviera que esperar al concilio de Vienne para la difusión de la fiesta en el mundo cristiano.

En cuanto a un tema totalmente accesorio, la tarasca, Beatriz Moncó afirma: "desconozco hasta qué punto los aspectos tradicionales de la tarasca provenzal influyeron en la concepción de la misma en la fiesta de Corpus" (p. 130), y quizás por ello solo vuelve a hacer una muy ligera mención al Corpus en la p. 147, pareciendo olvidar que detrás de estos símbolos se encuentran elementos tanto cristianos como griegos, romanos, celtas, germanos o de otros grupos que simbolizarían el triunfo de Jesús contra el demonio, el de la fe contra el paganismo, como lo recuerda Zuidema (pp. 201 y 225); el del cosmos contra el caos, como se desprende de la lectura del texto de Macherel; el de los cristianos sobre los moros, como lo señala Ares Queija; el de

la eucaristía sobre los pecados en el pueblo de Camuña, estudiado en el artículo de Molinié, o el del misterio sobre sus detractores en varios autos sacramentales u obras populares.

La sugestiva tesis presentada por Tom Zuidema en su artículo sobre la existencia de rituales de comunión prehispánicos al interior de los ayllus indígenas, debe ser estudiada para determinar si no se está ante un caso de contaminación en las fuentes.

En el ensayo "Dos celebraciones 'salvajes' del cuerpo de Dios (Los Andes y La Mancha)" extrañamente se señala que la aparición milagrosa que cristianizaría la fiesta indígena del Qoyllurt'i habría sido en 1780 y se afirma "que uno puede pensar que un jesuita de la colonia habría podido imaginar, elaborar, sugerir o más probablemente fomentar, la transfiguración eucarística del Nevado Colquepunku y del Sol naciente del Ausangate" (pp. 256-257) ya que el Papa Clemente XIV había disuelto la Compañía de Jesús el 21 de julio de 1773 y ésta recién sería restablecida por Pío VII en 1814.

El libro abre un camino que debe ser continuado y profundizado, pero al mismo tiempo muestra la necesidad de tener un mayor cuidado al momento de publicar un texto dirigido a un público no necesariamente especialista en el área. Afirmaciones como la de Claude Macherel, que sostiene que la fiesta puede ser tema de investigación "tanto para el creyente como para el antropólogo" (p. 64), pueden llevar al lector a conclusiones erróneas, ya que las categorías de "creyente" y de "antropólogo" no son semánticamente excluyentes.

Fernando Janssen Frasson
Pontificia Universidad Católica del Perú